

Os he querido convocar precisamente en este Carmelo con una intención clara. He rehuido un Centro de estudios o simplemente un Salón de actos porque la pretensión primera del libro que quiero ofreceros es sencilla: ayudarnos a orar... Y estamos en un recinto en el que la oración es el mejor trabajo y la ocupación que llena las 24 horas: oración trabajando; oración rezando; y oración descansando... Todo es oración si se convierte en diálogo, en «trato de amistad con quien sabemos que nos ama», como definió santa Teresa la oración.

Cada vez que pisamos un monasterio parece que el reloj se detiene. Y por tanto encontramos el tesoro máspreciado: el tiempo. Comenzamos nuestro encuentro, dedicando nuestro tiempo a Dios. ¿Quién puede merecer más que él este tesoro tanpreciado? Detengamos nuestras preocupaciones, aunque sea momentáneamente, con el rezo de Vísperas, junto a esta comunidad de M.M. carmelitas que nos acoge.

Os invito a que nuestra oración, hoy, sea sobre todo una oración de acción de gracias por toda la vida contemplativa, por tantos monasterios que nos muestran con su fidelidad la importancia de la oración en la vida cristiana; y también, oración de petición, invocando del Señor que florezcan nuevas vocaciones a la vida consagrada. La vida contemplativa, la oración callada y escondida de tantos monasterios de clausura, en su aparente esterilidad para el mundo, es la savia que fortalece la vida de la Iglesia. Gracias madres por vuestra acogida. Hoy queremos rezar con vosotras a Dios, y permitidnos que recemos a Dios por vosotras.

---

#### REZO DE VÍSPERAS

---

#### LA VIDA AL RITMO DEL AÑO LITÚRGICO

---

Un manejo adecuado del tiempo nos da calidad de vida y una vivencia serena y creativa de nuestro tiempo favorece una vida espiritual fecunda. Dos logros que nos dan serenidad y paz. Adentrémonos en cómo manejar el tiempo.

##### 1. La preocupación por el tiempo

Nuestra sociedad vive cada día más obsesionada por el tiempo. *No tengo tiempo* se ha convertido en la expresión popular de un estilo de vida que vive bajo el signo de la neurosis y se deja llevar por el torbellino de la preocupación y de la angustia. Incluso, ya jubilados, se nos amontonan las tareas y nos quejamos de lo mismo: ¡me falta tiempo! Hoy, una señal de tener una cierta importancia en el estatus social es demostrar que “no tenemos tiempo”, primando siempre alardear de que estamos muy ocupados.

Todos nos damos cuenta de la desproporción entre el tiempo que tenemos y las múltiples tareas e intereses que deseamos alcanzar; los deseos no satisfechos y las múltiples urgencias y expectativas que nos acosan. Pero ¿si consiguiéramos el día de 48 horas se apagarían estas inquietudes? Seguramente, no. Porque no es la falta de tiempo lo que nos asedia y nos inquieta, sino la percepción del hecho de que el sentido de nuestra existencia depende estrechamente del tiempo. Nos damos cuenta de que nuestro vivir consiste precisamente en tener tiempo; y el no tenerlo significa morir. Por otra parte, nada de lo bueno que logramos hacer u obtener puede aprisionar el tiempo, conservarlo de modo estable y definitivo en nuestra vida. El tiempo, como el agua, siempre se escurre de nuestras manos. El tiempo que pasa resuena como una continua revelación de nuestra condición de seres limitados y encaminados sin escape

hacia la muerte. Y, en el fondo, a esto es a lo que se le tiene miedo: a ¡que se nos escape el tiempo! Tememos el final de nuestros días, y buscamos defendernos de este final por todos los medios, intentando detener el tiempo y ponerlo a nuestra disposición.

Una vida auténticamente cristiana no puede prescindir de su relación con el tiempo. Para un creyente, el tiempo es el ámbito en el que se juega la fidelidad a su Señor: o sabemos vivir el tiempo, ordenarlo, sintiéndolo como don y compromiso con Dios, o somos «idolatrás del tiempo», convirtiéndolo en nuestro becerro de oro. Se comporta como «necio», según San Pablo, quien no sabe ordenar y vivir el tiempo. Dice a los Efesios: «*Fijaos bien cómo andáis; no seáis insensatos, sino sensatos, aprovechando el tiempo, porque vienen días malos. Por eso, no estéis aturdidos, daos cuenta de lo que el Señor quiere* (Ef 5,15-20).

Podemos vivir el tiempo desde dos actitudes: midiendo lo que yo puedo hacer, como si todo dependiera de mí; y, entonces, el tiempo siempre nos parecerá insuficiente y el horizonte de la muerte va tomando predominio en mi vida ¿qué me queda de vida?, es un pensamiento que suele asaltarnos con frecuencia. Pero, también lo podemos vivir delante de Dios, sabiendo que es Él quien me regala mi tiempo y se ofrece como acompañante de mis horas y mis días, ayudándome a marcar el ritmo adecuado, haciendo lo que está a mi alcance y eliminando mi angustia porque me asegura que me aguarda al final del tiempo para ofrecerme la eternidad.

El hombre moderno, que si no lo ha negado al menos se ha olvidado de Dios, busca huir del problema del final irreparable del tiempo por dos caminos. El primero, «idolatrándolo», mostrando una ostentación del dominio sobre el tiempo, agudizando el deseo de exprimir el presente y obsesionado por utilizar todos los momentos y los recursos del tiempo disponible para exaltar la importancia de aquello que se es o se tiene: el afán de dinero, de dominio como expresión de fuerza, éxito o prestigio, el gozo intermitente y repetitivo, un activismo exacerbado son expresiones maquilladas del clásico «carpe diem» -vive el día- que no tiene más horizonte que la muerte. Pensamos: «puesto que la muerte nos amenaza, vivamos precipitadamente antes de que nos alcance».

A este ritmo, terminamos confundiendo lo urgente con lo esencial; rompemos las prioridades y todas las hacemos urgencias y nuestra actividad se consume en un torbellino que frustra la vida de relaciones humanas y debilita la vida interior: provoca la sensación de ir sobre las cosas, -y lamentablemente, a veces, sobre las mismas personas que amamos- a «uña de caballo», sin ver su rostro y posar la mirada en sus ojos.

El otro modo de huir del tiempo es «despreciándolo»: se provoca la evasión resignada ante la imposibilidad de detener el tiempo; se toma la decisión de evadirse del tiempo, ya que no puede dominarse. Se quiere anestesiar el tiempo dando culto a la despreocupación o la transgresión. No se quiere ver la cara de la muerte y se la oculta, viviendo simplemente en un «dejarse llevar por el río de la vida». El tiempo despreciado se convierte en una madeja sin ovillo, como un abanico viejo que ha perdido la anilla, que les da unidad a sus varillas, y le hace desplegarse armónicamente. A veces, en la jubilación del trabajo, añadimos la jubilación del tiempo y ya nos rendimos y apalancamos en la desgana y el sillón y rechazamos cualquier proyecto creativo o de servicio a los demás.

Pero, hay una tercera fórmula para afrontar el problema del tiempo: entre la ilusión de poseer el tiempo, idolatrándolo, y la desesperación a causa de su desvanecimiento, que provoca el desprecio del tiempo y dejarse llevar, existe una actitud completamente distinta, evocada con el término de «vigilar»: vigilar, significa ante todo velar, permanecer alerta, despiertos. Velar significa esperar con amor a alguien, vivir la vida ante alguien que sale a mi encuentro, velar significa cuidar valores importantes que son delicados y frágiles. Quien vive velando y vigilando, está atento y despierto para recibir lo que sucede, dándole la importancia adecuada, gozando de las soluciones encontradas y preparado a hacer frente a una emergencia con serenidad y esperanza.

Para el creyente, la misma existencia humana no es sino una gran vigilia del tiempo de la vida eterna con Dios, que es como la gran fiesta, a la que está destinado el hombre que viene al mundo. Para el creyente, si permanece vigilante, descubre que es Dios quien vigila nuestro tiempo con intención amiga: está a mi puerta y toca para compartir su tiempo conmigo y dar a mi tiempo una dignidad y una perspectiva que nunca me habría atrevido a esperar: el tiempo se hace experiencia gustosa y profunda de la vida presente, que es ciertamente «una vida mortal, pero no destinada a la muerte». Es una vida que el tiempo, precisamente, conduce hacia el encuentro con Dios, donde el tiempo se detiene en su presencia.

Para que la vivencia de nuestro tiempo sea serena y creativa, necesitamos vigilar, bien pertrechados. Así lo recomienda san Pablo a los tesalonicenses: «vigilemos y vivamos sobriamente... cubiertos con la coraza de la fe y del amor, y con la esperanza de salvación como casco protector» (1Te 5, 6.8-9).

## 2. El Año litúrgico, pedagogo del tiempo

El Año litúrgico es la *gran catequesis* de la Iglesia para ayudarnos a vivir y gustar el tiempo. Enmarcado en el año natural, que comienza en enero y culmina en diciembre, el Año litúrgico nos muestra otra manera de vivir el tiempo: empieza en un Adviento y culmina en una Pascua. El Año litúrgico nos muestra que nuestra vida no es la soledad de pasar hojas del calendario sino aguardar y gozar la presencia de Alguien que me ofrece vivir ya en la tierra mis deseos de eternidad.

El tiempo litúrgico de la Iglesia tiene su fundamento en la misma realidad del tiempo cósmico (*chronos*), con sus estaciones, el ritmo de los días, las semanas, los años. Pero, acoge también la dimensión bíblica del tiempo como espacio en el que se manifiesta la presencia del Señor de la creación y de la historia (*kairós*). En Cristo, el tiempo adquiere su dimensión definitiva; la irrupción de lo eterno en lo temporal, la presencia del *Dios-con-nosotros* en el devenir de los días y de los años. Así, la historia no es simplemente la sucesión de hechos narrados de una vez para siempre, sino que se convierte en historia sagrada, que narra un acontecimiento siempre vivo: la plenitud de la salvación de los hombres, que Dios realiza por medio de su Hijo. El tiempo se convierte, también en manifestación de la presencia de Dios en medio de nosotros.

A lo largo de cada año, la Liturgia de la Iglesia celebra el misterio de nuestra salvación, recorriendo los misterios de la vida de Cristo, el Señor. El Año litúrgico recorre los distintos momentos de la existencia de Jesús hasta la subida al cielo: Cristo ocupa siempre el centro y el protagonismo del Año litúrgico. El Año litúrgico tiene la capacidad de abrirse a todos los acontecimientos de la historia de la salvación celebrados en forma apretada y sintética en un año solar que cíclicamente vuelve para ofrecernos el gozo y el estupor de una memoria perenne, la de Cristo que llena de sentido el tiempo de la Iglesia y de la humanidad, proyectándonos a la vez hacia un solo pasado -el de la historia de la salvación que se concentra en Cristo- y hacia un solo futuro -el del retorno del Señor-. Desde ellos, pasado y futuro, el presente que vivimos en la Iglesia tiene pleno sentido.

### *El Leccionario litúrgico*

Para vivir el misterio de Cristo a lo largo del Año litúrgico, la Iglesia ha tomado en las manos la Escritura, y, *como el padre de familia que da a sus hijos el alimento oportuno* (Mt 24,45), *extrae de ella lo nuevo y lo viejo* (Mt 13,52). El Leccionario es, por tanto, un instrumento pastoral de primer orden: hace posible la contemplación, la vivencia y la celebración de los misterios de la vida de Cristo a lo largo del Año litúrgico. La proclamación litúrgica de la Palabra, especialmente la que tiene lugar en la celebración de la Eucaristía, se realiza de manera que se

sitúa a Cristo y a sus hechos y palabras de salvación en el centro de la celebración. La primacía la ocupa la lectura del Evangelio, que se lee en último lugar, estando toda la asamblea de pie.

La lectura evangélica recibe profundidad histórica y perspectiva profética del Antiguo Testamento, que se lee en la primera lectura. En él se narra la Promesa, la larga marcha de la preparación de la venida de Cristo, cantada por salmos, profetas y otros libros históricos y sapienciales. Los días de fiesta, especialmente los domingos, hay una tercera lectura, entre el Antiguo Testamento y el Evangelio: se trata de escritos del Nuevo Testamento, bien de las cartas de Pablo u otro apóstol, bien de los Hechos de los Apóstoles o del Apocalipsis. Estos escritos del Nuevo Testamento nos transmiten el testimonio existencial de quienes vieron, escucharon y palparon al Hijo de Dios (cf. 1Jn 1,1-3) en su vida terrena y después de la resurrección, y transmiten con fidelidad lo que han visto y oído (cf. 1Jn 4,14).

Todos sabemos que la palabra evangelio significa «buena noticia»: Jesucristo es nuestro Evangelio, la Buena Noticia. La Iglesia ha distribuido la lectura de los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) de una forma sucesiva, en tres ciclos: ciclo A (Mateo), ciclo B (Marcos), ciclo C (Lucas). El Evangelio de Juan aparece en los tres ciclos. En este nuevo Año litúrgico, seguimos el «ciclo B», y leemos el evangelio según san Marcos.

*Marcos plantea una gran pregunta: ¿Quién es Jesús?*

El evangelio de Marcos tiene unas características: es el más breve y pretende mostrar toda la historia de Jesús, a fin de que los que escuchen la predicación de esta Buena Noticia, reconozcan en Jesús de Nazaret al Mesías esperado, el Hijo de Dios. Así se expresa ya desde el primer versículo del relato: *Comienzo del Evangelio de Jesucristo Hijo de Dios*.

Marcos plantea la gran capital: «¿Quién es Jesús?». Lo pregunta la gente en general (1,27;6,2), los discípulos (4,41), los adversarios (6,14ss). El mismo Jesús plantea esta pregunta: *¿Quién decís que soy yo?* (8,27); sólo Pedro da la respuesta exacta: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios* (8, 29). Previamente Dios nos había presentado a Jesús como su Hijo: *Tu eres mi Hijo amado* (1,11). Después de la primera confesión de fe en Jesús como el Mesías, por parte de Pedro, Marcos nos aclara ahora en qué sentido Jesús es el Cristo, el Mesías: no ciertamente como lo esperaban la gente o los discípulos, como un caudillo triunfador (8,31ss; 9,30ss; 10,32ss), sino como el Mesías Hijo de Dios, crucificado y resucitado. Así lo refleja la profesión de fe del centurión pagano al pie de la cruz: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios* (15,39).

*Y ¿quién es el verdadero discípulo?*

Marcos, nos plantea otra segunda pregunta: «¿Quién es el discípulo?». La respuesta empieza a dibujarse, ya desde las primeras secciones de su Evangelio: el discípulo es llamado por Jesús (1,16-3,6), es convocado para formar un grupo (3,7-6,6a) y es enviado en misión (6,6b-8,30). El discípulo, en la catequesis de Marcos, es el que recorre todas las etapas del camino que siguió Jesús, desde el bautismo hasta la cruz, hacia la vida nueva de la resurrección.

El Año Litúrgico nos ofrece un camino para progresar en la santidad: ser mejores hijos de Dios Padre, conocer con más profundidad el Misterio de Cristo, Hijo de Dios, y dejarnos guiar por el Espíritu Santo para ser, como exhorta san Pablo: «adultos en Cristo» (cf. Ef 4,1-16).

*Hoy, a los discípulos se nos plantea una demanda inquietante: «Dame tus razones para creer»*

En la situación actual, es necesario mostrar con claridad el perfil y las exigencias básicas de la vida cristiana y de la pertenencia a la Iglesia, en contraste con otras formas de vida, ajenas a una verdadera inspiración cristiana, nacidas de una concepción atea o agnóstica de la

existencia. Es tarea difícil y compleja. La situación espiritual de las personas con las que convivimos es muy variada: hay muchas personas, honradas y comprometidas con el bien, buscadoras de Dios a su manera, y que se encuentran desorientadas; hay otras, descuidadas e indiferentes, sin ningún interés por su vida religiosa; y, otras muchas, profundamente afectadas por el signo de la descristianización, que rechazan expresamente las orientaciones de la Iglesia y viven «como si Dios no existiera».

Todas estas personas conviven puerta con puerta, en el mismo trabajo y participan en la misma diversión. Podemos afirmar que se ha roto «la normalidad de una mayoría creyente y cristiana», que hacía brotar espontáneamente una pregunta: «¿Tú, por qué no crees?». Hoy, la pregunta se vuelve hacia nosotros los creyentes, con una exigencia, a veces, silenciosa: «Dame las razones por las que tú eres creyente».

En los momentos actuales de debilitamiento de la fe, de confusión en muchos creyentes, la parroquia y cada comunidad cristiana tienen que ser una «escuela de fe», preocupada en ofrecer una catequesis que alcance a todas las edades y que nos ayude a explicar a los demás el porqué de nuestra fe, y «dar razón de nuestra esperanza». Una mejor formación, es hoy una exigencia ineludible para cada creyente.

3. El libro *Páginas del Evangelio* es una ayuda para gozar de los domingos y fiestas.

Te recuerdo el consejo que te ofrecía en el comentario al ciclo anterior: «si abres este libro entre tus manos, sea siempre después de haber cerrado tu Biblia o el libro de los Evangelios de cada día. La primacía en nuestra oración y reflexión la debe tener siempre la Palabra de Dios, proclamada en la Eucaristía, o meditada en la intimidad de nuestro corazón. La Palabra de Dios debe tener *la primera palabra...*, a la que respondemos con nuestra oración diaria».

Leer en la intimidad o proclamar la Palabra de Dios en la celebración litúrgica es siempre una invitación a orar; y, como decía santa Teresa de Jesús: «orar es tratar de amistad, estando a solas, con quien sabemos que nos ama». Estas *Páginas del evangelio* quieren ayudarte a tratar con el Amigo. Te exhorto a que vivas el tiempo con serenidad y alegría, santificando el domingo: día de fiesta, día de descanso y día de la familia; prepares la jornada con la meditación de las lecturas de la Eucaristía del día; y después, solo después, fijas tu mirada en la página correspondiente de este comentario. Y dialoga con Dios. Él quiere hablar contigo.

**Después de cada comentario encontramos dos recursos pedagógicos: se hace referencia a un número del Catecismo y se termina con un tuit**

**a) Leyendo el Catecismo:** Encontrarás al final del comentario a las lecturas de cada día una referencia a un número del *Catecismo de la Iglesia Católica*. En él encontrarás una enseñanza del Magisterio en torno a la idea central de las lecturas proclamadas. Será una manera de refrescar las verdades esenciales de nuestra fe, custodiadas en el Catecismo.

*El Catecismo no es sólo un código moral.* Para mucha gente, por desgracia, la religión sigue siendo sólo la moral: se cree que vivir la vida cristiana, es seguir sólo un código de prohibiciones. Se olvida que, antes que «exigencia», la fe es «experiencia de Dios». Así, lo afirma una cita emblemática del papa Benedicto XVI: «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un horizonte nuevo a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus caritas est*, n. 1). Y esta Persona es Jesucristo, el Señor. La felicidad del hombre es el amor. En este sentido, la moral del Catecismo es la enseñanza sobre lo que es el amor... Y nuestro modelo a imitar es Jesucristo: *el amor de Dios hecho hombre*. Y recordemos, con el gran místico san Juan de la Cruz: «Al atardecer de la vida te examinarán en el amor». (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1022).

b) **El «tuit» (X) de la semana:** Terminamos el comentario a las lecturas del día con un *tuit* (un *tuit* es un mensaje breve, que se publica en una red social denominada *Twitter* y que puede contener 140 caracteres como máximo). El *tuit de la semana* es un mensaje, extraído de los textos comentados, que quiere acompañarte en la hermosa tarea, un deber de amistad, de transparentar en tu vida las enseñanzas del Maestro.

#### 4. El primer día de la semana: La Eucaristía es el reloj de nuestro tiempo

La celebración de la Eucaristía convierte a un grupo de conocidos o amigos, en una comunidad de hijos de un mismo Padre y hermanos entre sí. La celebración de la Eucaristía es el signo mayor de comunión que hay entre la comunidad y su Señor. La celebración dominical de la Eucaristía es el acto central de la comunidad cristiana y de los fieles cristianos. En la Eucaristía se expresa y realiza la unidad de la comunidad parroquial, en comunión con la Iglesia particular y universal y en ella se alimenta la vida espiritual de los fieles.

La Eucaristía es el reloj de nuestro tiempo: aguardamos el domingo y vivimos del domingo. Por ello, la Eucaristía no es el testigo de una semana que termina, como si se nos escapara el tiempo, sino el inicio de una nueva semana que se nos regala, porque el tiempo es siempre un regalo de Dios, que yo debo gestionar creativamente.

Santa Teresa, nos ofrece unas lecciones sobre la Eucaristía. Para santa Teresa la Eucaristía tiene un influjo decisivo. Como san Pablo, que tanto influyó en su vida, también ella se ha encontrado con el Resucitado, y le ha cambiado la vida. Puede asegurar, como el apóstol, que «ya no es ella quien vive, sino que Cristo Jesús vive en ella». Es consciente de que Él la ha amado y que a este amor ella responde con un amor sponsal. Todo este amor le lleva a cambiar su nombre: Teresa de Ávila será Teresa de Jesús. Y el amor mutuo confluye naturalmente en la Eucaristía. Decía: «El alma que ama, solo en la Eucaristía lo encuentra con presencia real: No tiene otra cosa que amar». Su amor encendido a la Eucaristía, le hacía decir, en *Camino de perfección* que «veía a Jesucristo en la hostia, con la misma seguridad que si lo hubiera visto cuando él estaba en la tierra». Y confiesa que reía en su interior cuando escuchaba a alguna persona decir que querría haber vivido en el tiempo en el que Él vivió en el mundo (C 34, 6).

Para la monja inquieta y andariega, la Eucaristía es el don por excelencia del Padre, que ya no necesita el maná del desierto (C 34,1-2); la Eucaristía es la prolongación de la presencia de Cristo entre nosotros, el pan y el vino es un nuevo «disfraz» de su Persona; Comulgar es dejarnos habitar por Él: Él en nosotros y nosotros en él, pero Dios se descubre del todo «solo a quien mucho lo desea» (C 34,10 y 12). Y la santa, con el gracejo y humanidad que la reviste dice que la comunión es el momento de «negociar» con el Señor, es decir es el momento de la petición y la intercesión. Tan solo desde esa experiencia de vivir el tiempo ante Dios y de haber hecho de la Eucaristía el reloj de su tiempo, se entiende la hermosa escena final de la Santa: Ya sin fuerzas, cuando llevan el Santísimo a su celda, se incorpora, inicia en voz alta el último diálogo con Dios, y le repite una y otra vez: «Ya es hora, Esposo mío, de que nos veamos».

Teresa ha sabido vivir el tiempo: gozar el que se le ha regalado cada día, emplearlo en servicio a los demás, encontrando tiempo exclusivo para Dios, y aguardándolo con serena esperanza: sabe que el tiempo es una espera para encontrarnos «con quien sabemos que nos ama».

*Monasterio de San José, MM. Carmelitas,*  
6 noviembre 2023  
Alfonso Crespo Hidalgo